

Estamos infectados

Basado en Mateo 26:41

“Les dijo: ‘Yo veía a Satanás caer del cielo como un rayo’”
(Lucas 10:18).

A VECES, cuando los noticieros informan de un crimen repulsivo, pienso: “¡Ojalá no existiera el diablo!”. No está mal la idea, pero, ¿resolvería los problemas del mundo?

La triste realidad es que, si bien es verdad que el diablo tiene declarada la guerra al pueblo de Dios y que anda como león rugiente buscando a quien devorar, el mal está tan arraigado en los corazones de los seres humanos que, incluso si desapareciera, el mal seguiría prosperando.

Cuando el pecado entró en el mundo, toda la humanidad quedó infectada. Por desgracia, todos padecemos la enfermedad. La Biblia cuenta la triste historia: “Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron” (Rom. 5:12). Y lo más frustrante es que, a pesar de que la vacuna se compró a un precio altísimo, seguimos obstinados en reinfectarnos.

Somos nuestro peor enemigo. La Biblia suele describir nuestra naturaleza como “la carne”: “Digo, pues: Andad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne, porque el deseo de la carne es contra el Espíritu y el del Espíritu es contra la carne; y estos se oponen entre sí, para que no hagáis lo que quisierais. Pero si sois guiados por el Espíritu, no estáis bajo la ley. Manifiestas son las obras de la carne, que son: adulterio, fornicación, inmundicia, lujuria [...]. Pero los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos” (Gál. 5:16-24).

Aunque Satanás es un enemigo implacable, haríamos bien en dedicar menos tiempo a combatirlo y más a enterrar el yo y resistir los pecados que proceden de nuestro interior. Job es un ejemplo de cómo hacer frente a la tentación. La cuestión no era si iba a exorcizar el demonio de su vida (su esposa le sugirió que maldijera a Dios y muriera), sino si se mantendría fiel a su Dios. Al final, “Jehová bendijo el postrer estado de Job más que el primero” (Job 42:12).

Estamos en lucha con las fuerzas del mal. Jesús tiene que ser el centro de nuestras emociones. “Aquellos que comprenden su debilidad confían en un poder más elevado que el yo, y mientras contemplan a Dios, Satanás no tiene poder contra ellos” (*Nuestra elevada vocación*, p. 309)

Lejos pero cerca

Basado en Mateo 28:20

“Y yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo” (Mateo 28:20).

CUANDO VIVÍAMOS en América del Sur, un empresario estadounidense que estaba en el país vino durante varios meses a mi casa porque había oído que teníamos una radio de onda corta. Le había prometido a su esposa que en el vigésimo aniversario de boda renovarían los votos en público. La fecha se acercaba y, mientras uno estaba en Sudamérica, la otra estaba en California. Por eso me preguntó si lo ayudaría a renovar sus votos permitiéndole usar la radio. Hizo los arreglos oportunos para que ella sintonizara la radio a una frecuencia determinada en un momento preciso. De modo que, cuando llegó el día, renovaron los votos tal y como habían prometido. Fue algo muy íntimo: solo ellos dos, yo... y vaya usted a saber cuántos cientos de radioaficionados más que en aquel momento estaban en sintonía.

Cuando hablamos con Dios solemos decir que estamos en su presencia. ¿Qué significa estar en presencia de Dios? No lo podemos ver, no podemos escucharlo y tampoco podemos tocarlo. En resumen, a Dios no se lo percibe con los sentidos físicos. ¿Cómo podemos percibir la presencia de Dios sin usar los cinco sentidos?

Ahora más que nunca antes es posible disfrutar de la presencia de alguien aunque no esté con nosotros. Solemos utilizar el teléfono, el vídeo o, aún mejor, las imágenes transmitidas por Internet. (¿Ha usado Skype?) También sentimos una presencia especial cuando recibimos una carta de alguien a quien amamos. Antes de casarnos, Betty vivía en Florida y yo en Ohio. Procurábamos escribirnos a diario. De ese modo yo podía sentir su presencia por medio de las cartas que ella me escribía.

Jesús dijo que siempre estaría con nosotros. Las limitaciones físicas no impiden que podamos disfrutar de su presencia. Cuando estoy rodeado de naturaleza, en particular en una noche estrellada, me siento cerca de Dios. Trabajar en el huerto o en el jardín también me pone en contacto con el cielo. Y orar es como hablar con un amigo muy querido.

“Toda alma débil que, rodeada de dudas y luchas, se entrega completamente al Señor, se coloca en contacto directo con agentes que la capacitan para vencer. El cielo está cerca de ella, y tiene el apoyo y la ayuda de los ángeles misericordiosos en todo tiempo de prueba y necesidad” (*Los hechos de los apóstoles*, p. 224).

Dios está a tan solo una oración de distancia.

Un corazón roto

Basado en Mateo 28:20

“Cercano está Jehová a los quebrantados de corazón y salva a los contritos de espíritu” (Salmo 34:18).

HACE VARIOS AÑOS, mientras me encontraba en Puerto Rico celebrando unas reuniones, recibí una llamada telefónica de un amigo muy querido al que le habían diagnosticado un cáncer de huesos. Su pastor quería ungirlo inmediatamente y mi amigo quería que yo participara en el rito. ¿Se imagina cómo lo hicimos? Por teléfono. Fue una experiencia extraordinaria que recordaré por mucho tiempo.

A fin de cuentas, ¿no será que sentir la presencia de alguien es una experiencia interior? Cuando estamos con un amigo, gran parte del gozo e incluso la importancia de su compañía va más allá de su presencia física y tiene lugar en el corazón. Puede que el amigo se encuentre en el otro lado del mundo o en la misma habitación, pero sentimos su presencia con nuestra conciencia.

Jesús le dijo a la mujer del pozo: “Dios es Espíritu, y los que lo adoran, en espíritu y en verdad es necesario que lo adoren” (Juan 4:24). En otra ocasión Jesús dijo: “Yo lo amaré y me manifestaré a él. [...] Mi Padre lo amaré, y vendremos a él y haremos morada con él” (Juan 14:21-23). De manera que, aunque no puedo comprenderlo del todo, podemos sentir la presencia de Dios en lo más profundo de la conciencia aunque no lo percibamos con los cinco sentidos. Como dicen las Escrituras: “Vosotros [...] lo amáis sin haberlo visto” (1 Ped. 1:8).

En un momento u otro puede haber pensado que bastaría con que Jesús estuviera aquí en persona para que su vida devocional tuviera más sentido. Usted se sentaría a su lado y conversaría con él. Sin embargo, ¿realmente dedicaría usted más tiempo a su vida devocional si Jesús estuviera entre nosotros? Hubo un tiempo en el que estuvo en persona entre los seres humanos y su presencia apenas influyó sobre las personas con las que estaba. Algunos lo amaban y otros lo detestaban. Para algunos no era más que una persona corriente, mientras que para otros era una decepción.

Sin embargo, para unos pocos era el Hijo de Dios. No podían demostrarlo, no podían verlo, pero lo sabían en el fondo de sus corazones. Eso mismo sucede en la actualidad. No amamos a las personas porque las veamos. Jesús dijo: “Bienaventurados los que no vieron y creyeron” (Juan 20:29).

¿Ve usted al Señor en todas partes?

No confíe en usted mismo

Basado en Mateo 28:20

“Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos ni vuestros caminos mis caminos”, dice Jehová” (Isaías 55:8).

UN DÍA, en mi época de estudiante en la universidad, me sentí desalentado con respecto a la vida en general. Apoyé la cabeza en el escritorio y oré: “Señor, ¿dónde estás cuando te necesito?”. Al abrir los ojos vi que una pila de libros me impedía ver un cuadro de Cristo que colgaba en la pared de la habitación que estaba enfrente de mí. Entonces supe que había permitido que mis estudios fueran más importantes que el tiempo que pasaba con Dios. ¡Y yo que pensaba que era él quien me rehuía!

A pesar de que la distancia no puede separarnos de Dios, hay algo que sí puede impedirnos sentir su presencia: el pecado. El pecado no impide que Dios nos vea pero hace que nosotros no podamos verlo a él (ver Isa. 59:2). Si queremos que Dios esté presente en nuestra vida, tenemos que echar fuera el pecado.

La base para toda comunicación de Dios con nosotros es la Biblia. En ella se cuenta la historia de Dios en busca del ser humano perdido. En ella está contenida la verdad sobre quién es Dios y lo mucho que nos ama. El Espíritu Santo conmueve los corazones con la verdad, pero siempre en armonía con la Biblia.

En el mundo se usan millones de relojes para saber la hora, pero el tiempo se mide y calcula con el movimiento de los astros. Quizá usted y yo dispongamos de un reloj que nos indica qué hora es, pero no será jamás la hora precisa. Los relojes no controlan la esencia del tiempo. Eso es asunto del Dios de las estrellas.

Así como las estrellas son la única referencia fiable para calcular el tiempo, la Palabra de Dios es para nosotros la única referencia fiable de la voz de Dios. Siempre que pensemos que Dios habla al corazón o a la conciencia tendremos que contrastar esa voz con lo que dice la Biblia. Así como los relojes adelantan, atrasan o incluso se detienen, nosotros tampoco podemos dejar que la única guía para discernir entre lo correcto y lo incorrecto sea la voz interior.

La Biblia es la única guía segura. No confíe en usted mismo.

Pasar el día con Dios

Basado en Mateo 28:20

“Que por la misericordia de Jehová no hemos sido consumidos, porque nunca decayeron sus misericordias; nuevas son cada mañana. ¡Grande es tu fidelidad!” (Lamentaciones 3:22, 23).

¿LE GUSTARÍA pasar más tiempo en presencia de Dios? ¿Le gustaría sentirse más cerca de él y sentir su consuelo y fortaleza? Hay una manera: mantener la línea abierta. Es como llamar a alguien por teléfono y dejar el auricular descolgado, de manera que la persona que está al otro lado de la línea pueda escuchar todo lo que usted hace.

He aquí una idea para pasar el día con Dios. Veamos si le funciona. Comience por arrodillarse junto a la cama nada más despertarse. Agradezca a Dios por el sueño nocturno y entréguele el corazón. Luego siga pensando en él. Piense en el cielo y en Jesús como en un amigo mientras se viste y se arregla el cabello (quizá influya en la ropa que use). Cuando se siente para desayunar dele gracias por los alimentos que va a disfrutar.

Cuando suba al automóvil para ir al trabajo o a la escuela, pídale al Señor que envíe a sus ángeles para que lo acompañen, no solo para hacer que llegue sano y salvo, sino para que hagan de usted un mejor conductor.

Al llegar al trabajo, pídale al Señor que lo ayude a ser un buen testigo fiel. Pida el fruto del Espíritu. Si se queda en casa con los niños, probablemente necesite grandes dosis de paciencia, amabilidad y amor; el Espíritu se las dará si se lo pide.

A lo largo del día mantenga los pensamientos por encima de las cosas de este mundo. Asegúrese de reservar un tiempo especial durante el día para dedicarlo a alimentar el alma con la lectura de la Biblia y el estudio de la lección de la Escuela Sabática. En la medida de lo posible, salga y disfrute de la contemplación de la naturaleza. Dios nos habla a través de las cosas que hizo.

Los primeros africanos convertidos al cristianismo eran sinceros y regulares en la adoración privada. Parece ser que cada uno de ellos había escogido un lugar apartado en la selva donde podía abrir el corazón a Dios. Con el tiempo, los senderos que llevaban a esos lugares quedaron bien trillados. El resultado fue que, si uno de esos creyentes empezaba a descuidar la oración, los demás pronto lo notaban. Amablemente le recordaban la negligencia: “Hermano, en tu camino empieza a crecer la hierba”. No permita que la hierba crezca en el suyo.

Ejemplo de humildad

Basado en Marcos 1:9 al 11

“Igualmente, jóvenes, estad sujetos a los ancianos; y todos, sumisos unos a otros, revestíos de humildad, porque `Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes’” (1 Pedro 5:5).

CUANTO MÁS ENVEJEZCO, más joven me parece todo el mundo. Me parece que el pastor de mi iglesia es un niño y que mi médico acaba de salir de la escuela primaria. Intento imaginarme a Jesús, con treinta años, a punto de asumir la misión más importante y peligrosa que el mundo jamás haya conocido. Todo depende de él: la salvación de la raza humana, el honor del gobierno del cielo y la destrucción final del pecado.

Durante casi treinta años Jesús vivió tranquilamente en Galilea. A lo largo de esos años, “Jesús crecía en sabiduría, en estatura y en gracia para con Dios y los hombres” (Luc. 2:52). Pero había llegado el momento de que el Sol de justicia se diera a conocer. Para empezar su ministerio no eligió Jerusalén, sino el desierto en el que bautizaba Juan.

La vida de Jesús fue un ejemplo de humildad. Esto fue evidente en el hecho de que acudiera a Juan para que lo bautizara. El Soberano del mundo salió al desierto y pidió a alguien que se había proclamado a sí mismo predicador que lo bautizara. (¿Cuántos en la actualidad presupondrían que era un gran pecador?) Ante la oposición de Juan, Jesús dijo firme pero amablemente: “Permítelo ahora, porque así conviene que cumplamos toda justicia” (Mat. 3:15). Jesús otorgó a Juan el gran honor de bautizarlo por la fidelidad del Bautista al anunciarlo como el “Cordero de Dios que quita el pecado del mundo” (Juan 1:29). Como dijo el Señor por boca del profeta: “Yo honro a los que me honran” (1 Sam. 2:30).

Dios aborrece el pecado del orgullo. Al querer ser como el Altísimo, Lucifer fue dominado por el orgullo. Satanás jugó con el orgullo de Eva al sugerirle que podía decidir por sí misma. El orgullo está detrás de cualquier pecado. “Cuando llega la soberbia, llega también la deshonra; pero con los humildes está la sabiduría” (Prov. 11:2).

La vida de Jesús comenzó en un humilde establo como hijo de una pareja judía humilde. Creció en una casa humilde, su formación en las rodillas de su madre fue humilde y ayudó a su padre como humilde carpintero. Luego un humilde predicador lo bautizó junto con los pecadores. Todo esto lo hizo con el fin de ser ejemplo para todos nosotros.

Para cumplir toda justicia

Basado en Marcos 1:9 al 11

“Todo lo que te venga a mano para hacer, hazlo según tus fuerzas, porque en el seol, adonde vas, no hay obra, ni trabajo ni ciencia ni sabiduría” (Eclesiastés 9:10).

“CUANDO JESÚS VINO para ser bautizado, Juan reconoció en él una pureza de carácter que nunca había percibido en nadie. La misma atmósfera de su presencia era santa e inspiraba reverencia” (*El Deseado de todas las gentes*, p. 88). Es interesante notar que Juan viera en Jesús algo que la multitud era incapaz de percibir. Para ellos Jesús era un joven normal. Hasta donde ellos sabían, tan solo se trataba de una persona más en busca de la gracia de Dios. La gente que estaba a orillas del río solo vio a un hombre que pedía ser bautizado; Juan, en cambio, reconoció a Dios.

El Espíritu había hablado al corazón de Juan y lo había advertido de que el Mesías vendría para pedirle que lo bautizara. Ahora estaba seguro de que la Persona que se encontraba ante él era el Prometido. ¿Cómo podía él, un pecador, bautizar al que era sin pecado? Por eso exclamó: “Yo necesito ser bautizado por ti, ¿y tú acudes a mí?” (Mat. 3:14).

Aunque Juan estaba henchido del Espíritu Santo (ver Luc. 1:15), junto a Cristo sentía que él era quien necesitaba ser bautizado. Cuanto más tengamos el Espíritu de Dios, más sentiremos nuestra necesidad. El mejor y más santo de entre los seres humanos necesita a Cristo. De hecho, cuanto mejor es, más siente esa necesidad. Incluso los ministros, los cuales predicán y bautizan a los demás, tienen que darse cuenta de que también predicán para sí mismos y necesitan ser bautizados con el Espíritu Santo.

El ministerio de Juan crecía cada vez más; él mismo tenía discípulos. Era necesario que Jesús se humillara a sí mismo y permitiera que Juan lo bautizara. Pronto llegaría el momento en que Juan menguara para que Cristo creciera. Cuando ese momento llegó, Juan menguó con la mayor dignidad y resignación. Reconoció que su tiempo había pasado y que había cumplido con su misión.

Dios lo ha llamado a hacer un trabajo para él. Pregúntele qué quiere que haga. A continuación, ore para que el Espíritu Santo lo llene de sabiduría y capacidad para hacer la tarea encomendada.

Señor, bautízame cada día con tu Espíritu Santo.

Reconozco que tú tienes que crecer y yo debo menguar.

Dios está más cerca de lo que pensamos

Basado en Marcos 1:9 al 11

“En mi angustia invoqué a Jehová y clamé a mi Dios. Él oyó mi voz desde su templo y mi clamor llegó hasta sus oídos” (Salmo 18:6).

CUANDO A NAZARET llegó la noticia de que el predicador del desierto bautizaba cerca, en el Jordán, Jesús colgó su ropa de carpintero por última vez y se unió a la multitud que se dirigía apresurada para verlo.

Cuando tengo presente que, como hombre, Jesús aprendió quién era y cuál era su misión por el estudio de las Escrituras, no puedo menos que conmovirme. Él había leído las profecías y ahora reconocía su misión. Seguía al pie de la letra, y con todo esmero, un plan que había sido dispuesto para nosotros antes de la creación del mundo. No podía saltarse ni un paso. Tenía que cumplir todas y cada una de las profecías.

Decir que Jesús vivió por fe no es ningún disparate. Él mismo dijo que hacía lo que su Padre le había dicho que hiciera. Su preocupación diaria era procurar que nada de lo que hiciera fuese su propia iniciativa. Jamás entenderemos del todo cómo es posible que Dios y el hombre estuvieran unidos en una Persona. Pero Jesús vivió el día a día como un hombre cuya misión era revelar el carácter del Padre al cumplir su voluntad.

Su vida cotidiana no estaba programada; de otro modo, no habría pasado noches enteras en oración. La oración era el medio que Jesús tenía para estar en contacto con su Padre. La oración le proporcionó fuerzas para cumplir la misión profetizada para el Mesías.

Con frecuencia nos preguntamos por qué fallamos tan a menudo y, en consecuencia, estamos destituidos de la gloria de Dios. Esto se debe a dos cosas, indispensables para Jesús. Una de ellas es que a menudo no conocemos la voluntad de nuestro Padre celestial; no acudimos a su Palabra, a través de la cual, por medio del Espíritu Santo, habla con nosotros. La otra razón es que no oramos, no hablamos con él, como debiéramos.

Estoy seguro de que a veces Jesús pudo haber tenido la sensación de que su Padre estaba muy lejos. A veces nos sucede lo mismo. La vida de Jesús nos enseña que, aunque pueda parecer que Dios está lejos, en realidad está cerca. Está tan cerca como lo están su Palabra y nuestras oraciones.

El cielo abierto

Basado en Marcos 1:9 al 11

“No puedo yo hacer nada por mí mismo; según oigo, así juzgo, y mi juicio es justo, porque no busco mi voluntad, sino la voluntad del Padre, que me envió” (Juan 5:30).

CUANDO, YA EN la orilla del río, Jesús se arrodilló para orar, “vio abrirse los cielos y al Espíritu como paloma que descendía sobre él” (Mar. 1:10). Era como si Dios mismo hubiera separado el cielo y se hubiera inclinado para escuchar a su Hijo.

Jesús levantó la mirada hacia ese espacio abierto y pronunció una de las oraciones más conmovedoras de su vida. Lástima que no hubiera discípulos presentes que pudieran escucharla y escribirla. Sin embargo, el Espíritu de Profecía nos explica que vertió su alma a Dios. Sabía hasta qué punto el pecado había endurecido el corazón humano y lo difícil que para ellos sería entender su misión y aceptar el don de la salvación. Suplicó al Padre que le diera el poder para vencer su incredulidad, para romper las cadenas con que Satanás los había encadenado y, en su nombre, aniquilar al destructor. Pidió una señal de que Dios aceptaba a la humanidad en la persona de su Hijo.

No oró como nosotros solemos. No pidió poder para sanar, ni que no lo alcanzaran el dolor o los peligros; tampoco reclamó llegar sano y salvo de regreso a Nazaret, o que todos lo amaran; y, aún menos, ser popular. Oró por la misión de su vida. Pidió la ayuda del cielo en la tarea de salvar las almas.

“Nunca antes habían escuchado los ángeles semejante oración. Ellos anhelaban llevar a su amado Comandante un mensaje de seguridad y consuelo. Pero no; el Padre mismo contestará la petición de su Hijo. Salen directamente del trono los rayos de su gloria. Los cielos se abren, y sobre la cabeza del Salvador desciende una forma de paloma de la luz más pura, emblema adecuado del Manso y Humilde” (*El Deseado de todas las gentes*, p. 89).

Nosotros podemos desear que todas nuestras oraciones sean respondidas con la apertura del cielo y un baño de luz procedente del trono, pero probablemente esta no sea la voluntad de Dios para nosotros en este momento. Sin embargo, sabemos que Dios nos escucha y que nos contestará según su voluntad.

Señor, ayúdame a orar más por mi misión en la tierra y para que, así como el ministerio de Jesús te glorificó, mi misión también te glorifique.

Precisa tiempo

Basado en Marcos 4:28, 29

“Porque de por sí lleva fruto la tierra: primero hierba, luego espiga, después grano lleno en la espiga” (Marcos 4:28).

MI ESPOSA y yo vivimos en el centro de Florida, donde es fácil tener un jardín. Aunque yo plante flores, no soy yo quien las hace crecer, sino Dios. Sin embargo, el modo en que me ocupo de ellas es un factor determinante en su crecimiento y su supervivencia.

Algunos dicen que cuando entregamos el corazón a Jesús ya no tenemos que preocuparnos por nada más. Sin embargo, eso sería como decir que si queremos que las petunias crezcan, basta con que las clavemos en el suelo y no hagamos nada más. Eso no es así... Mientras el Espíritu Santo obra en nuestra vida nosotros tenemos que cooperar con él. No obstante, hay quienes quieren ir más deprisa que el Espíritu Santo.

En cierta ocasión, un hombre que se había convertido al cristianismo hacía apenas seis meses me llamó por teléfono. Estaba lleno de celo. Por fortuna, en aquella experiencia de nuevo nacimiento, gozaba del apoyo de su familia. Había oído decir que es mejor vivir en el campo, por lo que su pregunta era si era conveniente que renunciara a su trabajo para abandonar la ciudad. Estaba completamente inmerso en su nueva fe y ansiaba vivirla hasta sus últimas consecuencias.

Quizá usted no esté de acuerdo con mi consejo, pero le sugeriré que levantara el pie del acelerador y permitiera que su nueva vida en Cristo alcanzara a su corazón y sus pensamientos. No debemos olvidar que es preciso alimentar la nueva vida en Cristo. Para que crezca sana, una planta debe disponer de unas buenas raíces. No es extraño que los nuevos cristianos no hayan desarrollado todavía unas raíces espirituales sanas porque para ello se precisa tiempo.

Un bebé nace en un día, pero necesita muchos más para madurar. La Palabra de Dios nos dice que debemos crecer en la gracia (2 Ped. 3:18). En la parte de atrás de mi casa cultivo un pequeño huerto. Planté espinacas. La semilla es muy pequeña y cuando las plantas brotan del suelo son como cabellos. Tengo que asegurarme de que disponen de agua y abono suficientes. Al cabo de seis semanas, si me ocupo de ellas, ya estarán maduras. Del mismo modo, si cooperamos con el Espíritu Santo, nuestra vida espiritual crecerá y se desarrollará.

El misterio del crecimiento

Basado en Marcos 4:26-29

“Porque como la tierra produce su renuevo y como el huerto hace brotar su semilla, así Jehová, el Señor, hará brotar justicia y alabanza delante de todas las naciones” (Isaías 61:11).

¿ALGUNA VEZ HA VISTO una semilla de zanahoria? Al verla quedará maravillado ante el milagro de que, de una semilla tan pequeña, pueda salir una gran zanahoria. ¿Cómo puede ser?

¿Y cómo es posible que una persona que no conoce a Dios, que está imbuida de paganismo y quebranta la ley sin mediar un pensamiento, se convierta en un cristiano feliz e íntegro que comparte su fe con los demás?

Para responder a esta pregunta, Jesús contó la parábola de un agricultor que sembraba trigo. Explicó que él mismo es a la vez el agricultor y el propietario del campo. Los que siembran la semilla son sus ayudantes. La semilla representa la Palabra de Dios y el campo es el corazón de una persona. La maduración de la semilla ilustra la forma en que el reino de Dios crece en el corazón.

Poco después de que el campo ha sido sembrado empiezan a producirse cambios. La tierra que antes era marrón se cubre con un manto verde. No podemos describir cómo sucede, es uno de los misterios de la naturaleza. Nadie sabe cómo el Espíritu, mediante la Palabra, opera un cambio en el corazón; como tampoco podemos explicar el viento, cuyos efectos podemos sentir, pero del cual no podemos decir ni de dónde viene ni a dónde va.

Una vez que se siembra la semilla, el Espíritu Santo comienza a trabajar. La persona que recibe la semilla ni siquiera se da cuenta de que la semilla ha sido plantada. Pero si no se resiste, la semilla va creciendo poco a poco. Finalmente, la persona piensa y siente de manera distinta. Empieza a detestar lo que antes le gustó y a querer lo que antes detestó. Tampoco esto se puede explicar. Así es el poder milagroso de Dios que da vida a su propia Palabra.

Cuando éramos misioneros en la otra punta del mundo aprendí algo que, aunque parezca de escasa importancia, es muy interesante. Nos llevamos algunas semillas de maíz y las plantamos en aquel suelo extranjero. Y, mire por donde, las semillas germinaron, las plantas crecieron y el maíz tenía el mismo sabor que en América. Algunas semillas no crecen si hace demasiado frío o demasiado calor, si llueve muy poco o hay demasiada humedad. Sin embargo, la Palabra de Dios crece en todas partes.

El grano lleno en la espiga

Basado en Marcos 4:26 al 29

“Mientras la tierra permanezca no cesarán la sementera y la siega, el frío y el calor, el verano y el invierno, el día y la noche” (Génesis 8:22).

LO RECONOZCO, soy un hortelano impaciente. Después de plantar semillas en mi pequeño huerto, me quedo un rato, mirando. Luego, cada día, vuelvo al huerto y vuelvo a mirar durante un rato. Quiero ver salir los primeros brotes verdes.

Jesús contó una historia sobre un agricultor que sembró un gran campo de trigo. Como es natural, tuvo que arar y preparar el suelo; pero después que lo hubo sembrado, ya no podía hacer nada más para que las semillas crecieran. Quedarse de pie, mirando, sería de muy poca ayuda. Por la noche se fue a dormir y, a la mañana siguiente, cuando se levantó, ni siquiera pensó en la siembra del día anterior, se fue a hacer otras tareas. Con todo, las semillas germinaron y el trigo creció por el poder del Dios de la naturaleza.

¿Por qué contó Jesús esta historia? No quería que sus discípulos se desanimaran si veían que su predicción no obtenía resultados inmediatos. Tampoco quiere que nadie se atribuya el mérito de que las personas acepten la verdad. Esta parábola iba destinada, no solamente a sus discípulos, sino a todos y cada uno de los obreros de Cristo, tanto del pasado como de la actualidad.

Los que trabajan por Jesús escogen dónde sembrar, reúnen los materiales necesarios, preparan la tierra, la abonan y plantan la semilla. Pero no pueden hacer que las semillas crezcan.

La semilla es el evangelio. Sembrar y recibir la Palabra de Dios con fe es obra de la gracia. El Espíritu de Dios hace que crezca mientras dormimos, cuando estamos despiertos y cuando nos ocupamos de otros asuntos (ver Job 33:15, 16). Aunque los profetas ya han muerto y reposan en la tumba, la Palabra que predicaron todavía lleva a cabo su obra (ver Zac. 1:5, 6).

Que la semilla crezca depende del corazón del que escucha. Nuestro trabajo como obreros de Cristo es sembrar la semilla en todos los corazones. No podemos discernir si los corazones serán o no receptivos; no es nuestra responsabilidad.

Nosotros solo tenemos que sembrar. Dios ya recogerá la cosecha.

En busca de la cosecha

Basado en Marcos 4:26 al 29

“Por la mañana siembra tu semilla, y a la tarde no dejes reposar tus manos; pues no sabes qué es lo mejor, si esto o aquello, o si lo uno y lo otro es igualmente bueno”
(Eclesiastés 11:6).

TENGO UN AMIGO que vendía sistemas de seguridad de puerta en puerta. Era un trabajo duro y tuvo que aceptar más rechazos que ventas. Sin embargo, el proceso lo llevó a desarrollar una buena actitud. En lugar de desanimarse por la negativa, pensaba: “Quizá llamé a la puerta equivocada. Aquí no hay nadie que necesite un sistema de seguridad. Probaré en otra casa”.

Todos los obreros del Señor tendrían que saber que la suya es una obra de fe. Son responsables de la siembra, no de la cosecha. El sembrador introduce la mano en el cesto y extrae un puñado de semillas. Luego, con un movimiento de su muñeca, esparce las semillas por el suelo y sigue adelante. Su trabajo es ese y hace lo que se espera de él. Planta la semilla en el suelo y tiene que dejar a Dios los resultados (ver Ecl. 11:6).

Transcurre el tiempo y, aparentemente, en el campo no sucede nada. Sale el sol, cae la lluvia y nada cambia. La buena semilla crece poco a poco: primero una brizna, luego la espiga y, finalmente, el grano lleno en la espiga (Marcos 4:28).

“El Agricultor divino espera una cosecha como premio de su labor y sacrificio. [...] El objeto de la vida cristiana es llevar fruto, la reproducción del carácter de Cristo en el creyente, para que ese mismo carácter pueda reproducirse en otros” (*Palabras de vida del gran Maestro*, p. 46).

Adoniram Judson, nacido en 1788, fue el primer misionero protestante enviado desde América del Norte a Birmania, donde trabajó durante casi cuarenta años. Un día, cuando su esposa le dijo que un artículo de prensa lo comparaba con algunos de los apóstoles, Judson respondió: “No quiero ser como Pablo... o cualquier otro hombre. Quiero ser como Cristo. Solo quiero seguirlo a él, copiar sus enseñanzas, beber de su Espíritu y poner mis pies en sus huellas... Ser más semejante a Cristo”.

Parece un buen motivo de oración, ¿verdad?

Nada es demasiado difícil para Dios

Basado en Marcos 5:25 al 34

“Pero Jesús, volviéndose y mirándola, dijo: ‘Ten ánimo, hija; tu fe te ha salvado.’” (Mateo 9:22).

HE OÍDO QUE algunas personas hablaban de la fe como si se tratase de una excavadora capaz de empujar a Dios. Una vez escuché a un famoso curandero que decía: “Si se tiene fe, se le puede decir a Dios qué tiene que hacer”.

Y en el otro extremo del espectro, ¿cuántas veces habremos oído decir: “Oramos y no sucedió nada; será que no teníamos suficiente fe”? ¿Es posible que unos tengan tanta fe y otros tan poca?

Luego leemos las palabras de Jesús: “De cierto os digo que si tenéis fe y no dudáis, [...] si a este monte le decís: ‘¡Quítate y arrójate al mar!’, será hecho” (Mat. 21:21). ¿Cómo podríamos tener tanta fe?

Una historia nos ayuda a entender el significado de la fe. Se trata de una mujer que durante doce largos años sufrió hemorragias. Ella había ido a todos los médicos que había podido encontrar y ninguno había sido capaz de ayudarla. De hecho, gastó todo su dinero tratando de encontrar una solución.

Oyó que Jesús estaba en su pueblo, sanando a los enfermos, y se convenció de que él podía ayudarla. Había tanta gente alrededor del Señor que no podía acercarse. Pero pensó que, para sanarse, bastaría con tocar el borde de su manto. Seguramente se trataba de una persona tímida porque no quería que nadie supiese lo que iba a hacer.

Así que se acercó, tocó el manto de Jesús y, al instante, quedó curada. Estaba a punto de escabullirse entre la multitud cuando Jesús preguntó quién lo había tocado. Nerviosa, se adelantó y le contó todo lo que le había sucedido.

Jesús dijo: “Tu fe te ha sanado” (Mar. 5:34, NVI). Pero la fe no la había sanado, sino Jesús. Entonces, ¿qué quiso decir cuando dijo que su fe la había sanado? Quería decir que su fe en él trajo su curación. Si hubiera tenido fe en una pata de conejo o un amuleto de la suerte, no habría sido sanada.

La fe es creer que no hay límites para lo que Dios puede hacer.

“Dejad a los niños...”

Basado en Marcos 10:13 al16

“Dejad a los niños venir a mí, y no se lo impidáis,
porque de los tales es el reino de Dios”
(Marcos 10:14).

ALGUNAS PERSONAS creen en el bautismo de los niños. Si, con la ayuda de una concordancia, busca los términos “bautizar” y “bautismo” tal como se usan en la Biblia, descubrirá que el bautismo siempre va acompañado de una enseñanza, de arrepentimiento y de una decisión, cosas estas que ningún niño es capaz de hacer.

Sin embargo, se anima a los padres para que, al igual que hicieron los padres de Jesús cuando habían transcurrido ocho días desde su nacimiento, dediquen sus hijos al Señor. En realidad, la dedicación de un niño es a la vez la dedicación de los padres y del hijo, de modo que los padres piden sabiduría para educar a su hijo en el conocimiento y el amor del Señor.

Las madres llevaban a sus hijos a Jesús para que les impusiera las manos y los bendijera. En la actualidad, ¿cómo pueden los padres traer sus hijos a Jesús?

Una sugerencia es presentarlos a Dios en oración. Deseo fervientemente que los padres y madres que lean este libro oren, o hayan orado, sinceramente por sus hijos y se esfuercen por educarlos para que prefieran morir antes que disgustar al Dios de sus padres. No pidan que sean ricos o famosos, sino que sus nombres estén escritos en el Libro de la vida del Cordero.

Enseñarles la verdad. Haga todo lo posible para que sus hijos asistan a una escuela cristiana, acudan fielmente a la iglesia y, en casa, sean educados en las verdades de la Biblia. Ponga ante su hijo la vida y la muerte, el cielo y el infierno, el juicio y la misericordia, su pecado y la preciosa sangre de Cristo.

Hay quienes dicen: “No hables de Dios a los hijos. Cuando llegue el momento, ya se convertirán a Dios, si tal es su propósito”. Es lo mismo que decir: “Si la voluntad de Dios es que ese pedazo de tierra produzca una cosecha, así será. Déjalo y que sea lo que Dios quiera”.

Acudir a Cristo es aferrarse a él con las manos y con la fe, mirarlo para obtener vida, perdón, salvación, todo. Con el apóstol podemos ciertamente decir: “No tengo yo mayor gozo que oír que mis hijos andan en la verdad” (3 Juan 4).

Escuche al Espíritu Santo

Basado en Mateo 12:31

“Por tanto os digo: Todo pecado y blasfemia será perdonado a los hombres, pero la blasfemia contra el Espíritu no les será perdonada” (Mateo 12:31).

EL 27 DE NOVIEMBRE DE 1983, el vuelo 11, que cubría la línea París-Madrid-Bogotá, se estrelló en los montes próximos al aeropuerto de la capital española. Uno de los primeros puntos en que fijan su atención los investigadores del accidente es la localización de las “cajas negras”; las cuales, por cierto, no son negras, sino de un color amarillo o naranja chillón para facilitar su identificación. Cuando las encontraron y pudieron reproducir las grabaciones en ellas contenidas, los investigadores hicieron un descubrimiento escalofriante. La cinta reveló que durante los minutos que precedieron al impacto, una voz sintética procedente del sistema de alarma automático del avión avisó repetidamente, en inglés, a la tripulación: “Arriba, arriba”.

El piloto debió pensar que el sistema estaba averiado. La caja grabó su voz diciendo: “¡Cállate, gringo!”. Luego, según parece, desconectó el sistema. Minutos más tarde, el avión se estrellaba contra la ladera de una montaña y 181 de los 190 ocupantes murieron. Es una historia trágica, aunque una perfecta parábola para ejemplificar la manera en que muchas personas reaccionan ante los mensajes de advertencia que les envía su respectiva conciencia. Porque el Espíritu Santo nos habla a través de la conciencia.

Jesús prometió que después de regresar al cielo enviaría al Espíritu Santo. “Y cuando él venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio” (Juan 16:8). ¿Cómo convence de pecado el Espíritu Santo? Por medio de la conciencia.

El Espíritu Santo habla a nuestra conciencia advirtiéndonos que pecamos. Pero a muchos no les gusta sentirse culpables. No les gusta que les digan qué pueden o no pueden hacer. Tampoco les gusta que se los haga sentir culpables. Por tanto, sencillamente, hacen lo que hizo el piloto de Avianca: dejan de escuchar las advertencias.

El piloto pensó que él tenía razón y que el sistema de alarma estaba averiado. La voz del sistema de alarma se había diseñado para señalar su error y, así, poder corregirlo. Esa es exactamente la función del Espíritu Santo. Sin embargo, el piloto no quería que lo corrigieran. Estaba convencido de que sabía como pilotar el avión. No había nadie que le dijera que iba de cabeza a la catástrofe. Dios nos dio la conciencia para convencernos de nuestros pecados.

Asegúrese de que su conciencia está funcionando y está alerta, para que usted pueda escuchar la voz del Espíritu Santo.

¡No se rinda!

Basado en Marcos 14:61 al 72

“Jesús le dijo: “Yo soy. Y veréis al Hijo del hombre sentado a la diestra del poder de Dios y viniendo en las nubes del cielo”
(Marcos 14:62).

NO HACE MUCHO, en la ciudad donde vivo, un hombre regresó a la oficina donde había trabajado y disparó su arma, matando a uno de los empleados e hiriendo a varios otros. Más tarde, cuando la policía lo detuvo, dijo que había hecho lo que había hecho porque había perdido el empleo y, por lo tanto, “me obligaron a hacerlo”.

El asesinato y la violencia no son cosa nueva en este mundo. Hace aproximadamente dos mil años, al Hijo de Dios lo golpearon, lo escupieron y ciñeron su cabeza con una corona de espinas. Sus enemigos se felicitaban de tenerlo en su poder y condenarlo a muerte. De haber estado aquella noche con los discípulos, usted y yo habríamos temido que la muerte nos arrebatara a Jesús, nuestra única esperanza. Pero, más allá de la tumba, tenía que haber algo más. Puesto que vive, más allá de la resurrección, hay aún algo más: Jesús regresará con poder y gloria.

A veces parece como si el mal terminará imponiéndose. Pero, amigo, no se desanime. Tan cierto como que Jesús resucitó, regresará. En palabras del himno: “Amanece ya la mañana de oro, pronto el Rey vendrá; y su pueblo a la mansión del cielo Cristo llevará” (*Himnario adventista*, ed. 1962, n° 161).

Jesús vio más allá de la tortura y la crucifixión. A veces, el dolor y el sufrimiento que padecemos parecen no tener fin. Pero llegará un día mejor. Como Abraham, nosotros también buscamos “la ciudad que tiene fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios” (Heb. 11:10).

Por tanto, amigo mío, levante la vista. Recuerde a aquellos dos hombres que se asomaron a los barrotes de la misma celda y, donde uno solo veía barro, otro veía las estrellas. Las estrellas nos recuerdan que un poco más allá de Orión empieza el camino a la Canaán celestial. Ya casi estamos en casa. Casi podemos escuchar el canto de los ángeles. Casi podemos ver el árbol de la vida. Casi podemos oler las flores inmarcesibles. No se rinda, levante la vista. Pronto diremos: “¡He aquí, este es nuestro Dios! Le hemos esperado, y nos salvará” (Isa. 25:9).

Los negocios de nuestro Padre

Basado en Lucas 2:41 al 49

“Entonces él les dijo: `¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que en los negocios de mi Padre me es necesario estar?’”
(Lucas 2:49).

INTENTE IMAGINARSE cómo se debieron sentir María y José cuando, después de un extenuante viaje para celebrar la Pascua en Jerusalén, no encontraban a su hijo Jesús de doce años. Como habían viajado con muchos parientes, no lo habían echado de menos hasta que, al cabo de un día, habían llegado a Nazaret. Por lo tanto, tuvieron que volver sobre sus pasos con el único motivo de pasar tres días buscando a Jesús en Jerusalén. Finalmente, lo hallaron en el templo, sentado entre los maestros de la ley, a los cuales escuchaba y planteaba preguntas que los dejaban atónitos.

“Su madre le dijo: `Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? Tu padre y yo te hemos buscado con angustia’. Entonces él les dijo: `¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que en los negocios de mi Padre me es necesario estar?’” (Lucas 2:48, 49).

Han transcurrido dos mil años y ha llegado nuestro turno de llevar a cabo la misión que Dios nos ha encomendado. Nos ha llegado el momento de “estar en los negocios del Padre”. Al dedicar la vida a Jesús adquirimos la responsabilidad de estar en los negocios de nuestro Padre en casa, en la iglesia y allí donde vivimos. El diablo intenta distraernos. Nos tienta para que nos ocupemos de cualquier otro negocio que no sea el más importante de todos, el de nuestro Padre.

Durante la Pascua Jesús, que tenía doce años, empezó a darse cuenta de quién era y para qué había venido al mundo. Evidentemente, nosotros tenemos más de doce años; pero es importante que nos demos cuenta de que, cuando nos puso en el mundo, Dios tenía un propósito. A menudo oímos sermones inspiradores. Vemos que en la iglesia hay quienes están dotados de talentos extraordinarios y pensamos que ese no será nuestro caso. La verdad es que no podemos ser como los demás. Dios nos ha hecho irrepetibles. Para cada uno de nosotros tiene una misión que nadie más puede desempeñar.

Habrás notado que en este libro he dicho ya varias veces que tengo razón al decir que nuestra primera misión está en el hogar, con los miembros de la familia. Esto significa que no es preciso ir muy lejos para empezar a cumplir con ella porque ya estamos en el lugar adecuado.

Nadie dijo que sería fácil

Basado en Lucas 2:41 al 49

“Me es necesario hacer las obras del que me envió, mientras dura el día; la noche viene, cuando nadie puede trabajar”
(Juan 9:4).

LA VIDA es corta; por tanto, no disponemos de tiempo para desperdiciarlo. No podemos pasar el tiempo que dure este corto viaje ocupándonos de cosas que nos aparten de los negocios de nuestro Padre. A veces cuesta ver más allá del rechazo que la vida pone ante nosotros. Como cristianos debemos aceptar tales cosas como obstáculos temporales porque sabemos que el Padre tiene sus propios planes para nosotros. Confiamos en él. Tenemos que hacer todo lo que esté en nuestra mano mientras haya tiempo, mientras nos quede aliento, compartiendo lo que Dios nos dio y sabiendo que el Padre nos bendecirá con su gracia extraordinaria para que lleguemos sanos y salvos al fin del viaje.

Cristo encomendó una misión a todos los que creen en él. Los discípulos de nuestro Señor Jesucristo, también hoy en día, tenemos que ocuparnos de los asuntos de nuestro Padre diciendo: “Heme aquí, Señor; envíame”.

Nadie dijo que ser cristiano sea cosa fácil. Muchos de nosotros hemos pasado por el puente de la incertidumbre y la duda. Hemos estado divididos entre el ahora de esta tierra y la eternidad prometida. En ocasiones nos fatigamos y en muchas más no entendemos por qué nos salen al encuentro tantas adversidades, sobre todo cuando nos esforzamos lo indecible por ser como Jesús. Creemos que alcanzar el nivel de obediencia que Dios nos exige es una cima absolutamente inalcanzable. Con todo, Dios nos entiende y por eso nos perdona y asciende la montaña junto a nosotros.

A veces, en oración, nos mostramos fatigados y desanimados porque no parece que obtengamos una respuesta. Nos sentimos abandonados y temerosos, a la deriva en medio de un océano de pecado que asola el mundo. Y sí, a veces sentimos la tentación de renunciar a la misión de guardar la Palabra de Dios y seguir nuestro propio camino. Luego descubrimos que, sin Dios, la paz jamás alcanzará al alma y, tras darnos cuenta de que el único bien es el que procede de sus manos, volvemos a él con un espíritu humilde y contrito. Lo vemos claro cuando nos damos cuenta de que en Dios tenemos nuestra fortaleza y, por lo tanto, las cosas solo irán bien si él tiene el control.

Nadie dijo que sería fácil, pero con él es posible.

Confiar y obedecer

Basado en Lucas 6:46

“Enséñame a hacer tu voluntad, porque tú eres mi Dios;
tu buen espíritu me guíe a tierra de rectitud”
(Salmo 143:10).

ACTUALMENTE, LA PALABRA “obediencia” no pasa por sus mejores momentos. Casi se ha convertido en un concepto anticuado. Evidentemente, la palabra hace que la gente piense en la esclavitud y la opresión, en la violencia y el castigo. La gente del siglo XXI es tan autosuficiente que no tolera la idea de que nada ni nadie pueda ser dominado.

Cuando, hace cincuenta años, mi esposa y yo nos casamos, prometimos amarnos, querernos y obedecernos mutuamente el resto de nuestras vidas. Los votos tradicionales han cedido el paso a expresiones más poéticas. De modo que la palabra “obedecer” ya casi no se usa. Nadie quiere que lo obliguen a obedecer a nada ni a nadie; ni a la ley, ni al maestro, ni al predicador y aún menos al padre o a la madre. No obstante, si queremos ser capaces de dar nuestro mejor potencial, la obediencia es necesaria.

Un caza F-16 es un avión extraordinario con capacidades increíbles. No obstante, hay algo que el piloto exige por encima de las demás: que el aparato responda de manera total a su control. Si tuviera “voluntad propia”, por destacable que ello pudiera parecer, no volaría mejor que el tope de una puerta. Del mismo modo, por más que estemos dotados de todos los dones posibles, la única manera de que Dios pueda hacer cosas extraordinarias e inauditas como “piloto” de nuestra vida es poniéndonos totalmente bajo su control. Si, vez tras vez, insistimos en tomar el control de nuestra vida en nuestras manos, descubriremos que no lo lograremos en absoluto; de manera que aquellos que estén dotados de menos talentos serán los elegidos para ocupar nuestro lugar. La obediencia es la llave de oro para una vida de alegría y de excelencia.

La obediencia es una actitud. Puede ser forzada o salir del corazón. Una persona puede mostrar una apariencia de obediencia y, en cambio, ser rebelde y traidora. Es posible que, a la vez que hacemos lo que se nos dice que tenemos que hacer, lo odiamos a cada minuto. Jesús no quiere esa clase de obediencia. Nuestra obediencia hacia él tiene que estar basada en el amor. Cuando nuestro amor proceda del corazón nos deleitaremos en hacer su voluntad. “Si me amáis, guardad mis mandamientos” (Juan 14:15).

Obedezca al Señor con todo su corazón.

“El hacer tu voluntad, Dios mío, me ha agradado”

Basado en Lucas 6:46

“Bienaventurados los que lavan sus ropas para tener derecho al árbol de la vida y para entrar por las puertas en la ciudad” (Apocalipsis 22:14).

TODOS LOS PADRES responsables reconocen la dificultad de ejercer la autoridad que Dios les otorgó sobre sus hijos. El delicado equilibrio que se requiere para ser a la vez duro y tierno es difícil de mantener. Muchos padres refuerzan el espíritu rebelde de sus hijos por ser demasiado autoritarios y rigurosos. Otros ceden ante el niño cuando este pone a prueba su autoridad.

Cuando un niño rebelde se resiste, la presión para ceder en aras de la convivencia pacífica y la armonía puede llegar a ser sobrehumana. Todavía recuerdo a aquella madre que quería tener siempre la última palabra pero no conseguía controlar la reyerta que estallaba cada vez que le decía no a su hijo. Después de un día especialmente difícil, levantando las manos al aire, gritó: “¡Sí, hijo, sí, haz lo que quieras! ¡A ver si ahora también me desobedeces!”.

¿Alguna vez se ha comportado como ese niño? A veces no queremos obedecer de ningún modo. Peor aún, excusamos nuestra desobediencia diciéndonos que no somos más que seres humanos.

Quizá algunos se sorprendan, pero la desobediencia es imperdonable. Mire, si Dios tolerara la desobediencia de cualquier forma o en cualquier momento, el resultado sería la anarquía. Dios no tolera la desobediencia y tampoco entra en componendas con ella. Sin embargo, es misericordioso con los que desobedecen... de momento. No obstante, según se desprende de lo que sucedió antes del Diluvio, en palabras del propio Dios leemos: “No contenderá mi espíritu con el hombre para siempre” (Gén. 6:3).

La desobediencia es la raíz de todo pecado y miseria. El objetivo de la salvación es arrancar esta raíz del pecado y devolvernos a nuestro destino original; es decir, a una vida de obediencia.

La obediencia era la condición para vivir en el Edén. Y, por cierto, también es la condición que deberán cumplir aquellos que quieren vivir en el paraíso restaurado. Apocalipsis 22:14 dice: “Bienaventurados los que lavan sus ropas para que puedan tener derecho al árbol de la vida”.

La obediencia a su Padre fue el motivo recurrente de la vida de Jesús en la tierra. Se refirió a la obediencia de manera extraordinaria. Él dijo: “Padre, quiero hacer lo que tú quieras que haga” (ver Heb. 10:9). Este es el modelo de obediencia que debemos seguir. ¿Por qué no se decide a vivir siguiendo la voluntad de Dios?

Escuchen mi voz

Basado en Lucas 6:46

“Ahora, pues, si dais oído a mi voz y guardáis mi pacto, vosotros seréis mi especial tesoro sobre todos los pueblos, porque mía es toda la tierra” (Éxodo 19:5).

¿ALGUNA VEZ ALGUIEN que disfrutaba de una posición de autoridad le ha dicho: “Espero que haga lo que yo le digo y no lo que yo hago”? Esto es lo que decimos cuando alguien cuestiona nuestro propio comportamiento.

En cierta ocasión Jesús hablaba a “una multitud”, lo que significa que debía estar rodeado de muchas personas. A menudo recurría a objetos cotidianos para ilustrar sus enseñanzas; por eso, cuando vio que algunos de los gobernantes del templo estaban junto al borde de la multitud, pensó que serían una buena ilustración para que la recordara el pueblo.

Seguro que la manera en que empezó la lección satisfizo a los sacerdotes. Jesús dijo que los escribas y los fariseos están sentados en la cátedra de Moisés y que el pueblo tenía que hacer todo cuanto le pidieran. En realidad, Jesús defendía su autoridad. Pero luego añadió: “Pero no hagan lo que ellos hacen, porque les dicen que hagan ciertas cosas que ellos mismos no hacen” (ver Luc. 6:46). Con toda seguridad, esto avergonzó a los gobernantes, a la vez que les demostró que los conocía muy bien.

Desde el Génesis hasta el Apocalipsis, la Biblia describe la relación que se establece entre la redención y la obediencia. El paraíso, el Calvario y el propio cielo declaran que lo primero y lo último que Dios nos pide es, sencillamente, una obediencia absoluta y decidida.

El Génesis menciona cuatro veces la obediencia de Noé. En Éxodo 19:5, Dios dijo a Israel: “Si dais oído a mi voz y guardáis mi pacto, vosotros seréis mi especial tesoro sobre todos los pueblos”. El apóstol Pablo dice que a él le fue encomendada la tarea de hacer que los gentiles obedecieran (ver Rom. 15:18). En Santiago 1:22 se nos llama a poner en práctica la Palabra y no limitarnos a escucharla. En 1 Pedro 1:2 se declara que la santificación que obra el Espíritu Santo lleva a la obediencia. Los versículos 14 y 15 nos llaman a rechazar la desobediencia antigua para hacernos obedientes.

Aunque en el evangelio haya una provisión para la desobediencia, la salvación no tiene que ver con desobedecer y salirnos con la nuestra, sino con el modo en que somos restaurados a una relación de obediencia a Dios y cómo mantenerla.

Jesús se ha comprometido a impedir que caigamos (ver Jud. 24). Tómele la palabra.

Obedecer es amar

Basado en Lucas 6:46

“Hijitos míos, no amemos de palabra ni de lengua, sino de hecho y en verdad” (1 Juan 3:18).

TODO EL MUNDO admira la obediencia de los perros hacia sus amos. Un día un caballero conoció a un hombre cuyo perro acababa de morir en un incendio forestal. Afligido, el hombre explicó cómo había sucedido. Como trabajaba al aire libre, solía llevar al perro consigo. Aquella mañana, dejó al animal en un claro y le ordenó que se quedara a vigilar la bolsa donde llevaba el almuerzo mientras él entraba en el bosque. Entonces se declaró un incendio y pronto el fuego se extendió al lugar donde estaba el perro, pero él no se movió. Se quedó donde estaba, en perfecta obediencia a la palabra de su amo. Con ojos llorosos, el dueño del perro dijo: “Tendría que haber ido con cuidado a darle la orden, porque sabía que la obedecería al pie de la letra”.

La obediencia es característica de los que aman a Dios y el punto de partida de la verdadera santidad. “Al obedecer a la verdad, mediante el Espíritu, habéis purificado vuestras almas para el amor fraternal no fingido. Amaos unos a otros entrañablemente, de corazón puro” (1 Ped. 1:22).

Las personas que dicen que han recibido a Cristo como su Salvador y, sin embargo, persisten a sabiendas en la desobediencia, de hecho, no lo han recibido en absoluto. Cuando Jesús nos perdona, también nos da el espíritu de obediencia.

¿Es posible que la obediencia a Dios llegue a ser excesiva? ¡De ningún modo! Las Escrituras dicen: “El que es fiel en lo muy poco, también en lo más es fiel” (Luc. 16:10). Esto es así porque el todo es la suma de sus partes. La persona que es obediente en las cosas pequeñas es obediente; y no hay más que decir. La persona que es desobediente en las cosas pequeñas, sencillamente es desobediente.

¿Se salvarán los desobedientes? La respuesta es sí y no. Dios salvará a quienes vivieron según la luz que recibieron, pero no puede salvar a quienes desobedecen deliberadamente. En realidad, quien persiste en la desobediencia, combate lo que Jesús intenta hacer con su vida, porque con él siempre se siente el deseo de obedecer.

Usted sabrá si tiene a Jesús y si quiere obedecerlo.

La obediencia es un don

Basado en Lucas 6:46

“Y cualquiera cosa que pidamos la recibiremos de él, porque guardamos sus mandamientos y hacemos las cosas que son agradables delante de él” (1 Juan 3:22).

A MENOS que tengamos el propósito de obedecer sus mandamientos, jamás sabremos de verdad qué es amar a Dios. En última instancia, el amor no se identifica por lo que es, porque es un misterio. Sin embargo, sí podemos identificarlo por lo que hace, porque siempre obedece según el conocimiento que tiene.

Decir que nos salva la fe y no la obediencia es cierto. Desde que el pecado entró en el mundo, jamás ha sido posible salvarse mediante la obediencia. La obediencia no tiene nada que ver con el cómo, sino con el qué. En lugar de hablar de la obediencia cuando discutimos sobre cómo ser salvos, tenemos que referirnos a ella como algo que la salvación trae a la vida del cristiano.

Seguro que ha oído decir que la obediencia es nuestra respuesta al amor de Jesús. A primera vista, puede parecer correcto y bueno. Pero, por más que lo intente, cometo errores y no siempre soy todo lo obediente que debiera. Aunque amo a Jesús con todo mi corazón, a veces hago lo que no tengo que hacer y otras no hago lo que tengo que hacer. ¿Cómo responder a este dilema?

La obediencia no es algo que yo le dé a Dios, sino que él me da a mí. La obediencia es, a la vez, un don de Dios y perdón para los pecados. ¿Quiere eso decir que Dios hace su parte perdonándome y yo hago la mía obedeciendo? No, todo cuanto interviene en nuestra salvación es para alabanza y gloria de Jesucristo, nuestro Dios y Salvador.

Quien base su salvación en la fe en Jesús recibirá dos cosas: (1) perdón para sus pecados y (2) el deseo de obedecer. La salvación es y hace esto como resultado de la fe en Jesús.

En la vida cristiana, la fe y la obediencia tienen la misma relación que en el corazón se establece entre las aurículas y los ventrículos: son inseparables. Jamás pueden trabajar de manera independiente. Una persona perdonada siempre orará pidiendo obedecer.

Obedecer de corazón la voluntad de Dios no es legalismo. Es un don maravilloso que Dios otorga a quienes aceptan a Jesús como su Señor y Salvador.

¿Ha aceptado el don de la obediencia que Dios le otorga?

La obediencia es pedagogía

Basado en Lucas 6:46

“El que guarda sus mandamientos permanece en Dios, y Dios en él. Y en esto sabemos que él permanece en nosotros, por el Espíritu que nos ha dado” (1 Juan 3:24).

UN ADOLESCENTE echó mano de un tabaco. Se dirigió a un callejón donde nadie lo viera y lo encendió. Sabía a rayos pero hacía que se sintiera mayor, hasta que vio a su padre. Rápidamente, el joven se llevó el cigarrillo a la espalda y trató de ser lo más natural que pudo. Durante un momento, padre e hijo bromearon. Luego, tratando de desviar cuanto fuera posible la atención de su padre, el muchacho vio una valla publicitaria que anunciaba un circo.

–¿Puedo ir, papá? –preguntó–. ¿Puedo ir al circo cuando llegue a la ciudad? ¡Por favor, papá!

La respuesta de su padre fue tal que jamás la olvidaría (y nosotros haremos bien en recordarla).

–Hijo –respondió tranquilamente, pero con firmeza–, una de las primeras lecciones que tienes que aprender de la vida es que jamás puedes pedir nada mientras, al mismo tiempo, intentas ocultar una desobediencia humeante detrás de la espalda.

Los caballos árabes pasan por un riguroso proceso de doma en los desiertos del Cercano Oriente. El domador les exige obediencia absoluta y los pone a prueba para ver si están completamente formados. La prueba final casi supera la capacidad de resistencia de cualquier ser vivo. El domador obliga a los caballos a pasar varios días sin agua. Luego los suelta y, como es de esperar, empiezan a galopar hacia el agua. Pero justo en el momento en que llegan al abrevadero, antes de que puedan hundir el hocico y beber, el domador hace sonar el silbato. Los caballos que están completamente domados y han aprendido a ser absolutamente obedientes, se detienen, dan media vuelta y regresan al paso junto al domador. Tiemblan porque desean, ansían, beber; pero, perfectamente obedientes, esperan. Cuando el domador está seguro de que tiene su obediencia, les hace una señal para que regresen a beber. Quizá pueda parecer duro, pero cuando se está en el desierto de Arabia, donde no hay caminos y la vida depende de un caballo, es mejor que esté domado y sea obediente.

Tendremos la seguridad de ser salvos cuando hayamos aprendido a obedecer plenamente a nuestro Padre celestial.

Acciones, no palabras

Basado en Lucas 6:46

“No todo el que me dice: ‘¡Señor, Señor!’ entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos”
(Mateo 7:21).

EN SU PALABRA, el Señor nos ha dado todo lo que necesitamos para vivir una vida de obediencia hacia él. Pero tenemos que leer y buscar la verdad por nosotros mismos. Y luego hay que aplicarlo a nuestra vida; es decir, es preciso que obedezcamos y vivamos según los principios que hayamos encontrado.

Charles Swindoll presenta la siguiente ilustración hipotética: Imagínese, por ejemplo, que trabaja para una empresa cuyo presidente necesita salir del país y pasar una larga temporada en el extranjero. Por ese motivo, a usted y otros empleados de confianza los reúne y les dice:

–Me marchó. Mientras esté fuera quiero que le dediquen mucha atención al negocio. Mientras esté ausente, ustedes se encargarán de la dirección. Recibirán noticias mías con regularidad y les daré instrucciones al respecto de lo que tienen que hacer hasta que regrese.

Todos están de acuerdo.

El empresario se va y no regresa hasta al cabo de dos años. Durante ese tiempo, escribe con frecuencia y comunica sus deseos y preocupaciones. Finalmente, regresa. Se acerca a la puerta principal de la empresa y descubre que todo está hecho un desastre: los jardines están llenos de maleza, las ventanas de la fachada están rotas, el recepcionista duerme una siesta, en algunas oficinas se escucha música a un volumen excesivo, dos o tres personas juegan a las cartas en el comedor... En lugar de obtener beneficios, el negocio ha sufrido pérdidas considerables. Sin vacilar, los reúne a todos y, frunciendo el ceño, pregunta:

–¿Qué sucedió? ¿No recibieron mis cartas?

Usted responde:

–Por supuesto que sí. Recibimos todas sus cartas. Incluso llegamos a encuadernarlas. Algunos hasta nos las hemos aprendido de memoria. De hecho, cada sábado tenemos “estudio de las cartas”. ¿Sabe?, ¡son realmente estupendas!

Entonces probablemente el presidente pregunte:

–¿Pero qué hicieron con las instrucciones que les di?

Con toda seguridad, los empleados responderían:

–Hacer, lo que se dice hacer... no hicimos nada. Eso sí, nos las leímos todas. Y aquí se acaba la ilustración.

Usted sabe quién es el “Presidente”. Además, estoy seguro de que también tiene el libro de sus “cartas”. Pero además de leer las cartas tenemos que hacer lo que dicen. La Escuela Sabática tiene que ser algo más que un mero “estudio de las cartas”; es preciso que sigamos las instrucciones del “Presidente”.

Paredes maestras

Basado en Lucas 6:49

“A cualquiera, pues, que me oye estas palabras y las pone en práctica, lo compararé a un hombre prudente que edificó su casa sobre la roca”
(Mateo 7:24).

DESDE QUE ERA joven me ha interesado la arquitectura. No me refiero a los rascacielos y los puentes, sino a las casas. A menudo explico a los miembros de iglesia que a pesar de que tengamos mucho que agradecer porque entre nosotros se cuenten médicos y personas con una buena formación, no tenemos que olvidar que Jesús era un sencillo carpintero y que sus discípulos no pasaban de humildes trabajadores.

Cuando tenía dieciséis años trabajé para una empresa que se dedicaba a poner los acabados en las paredes del interior de las casas. Estoy convencido de que Dios me llamó al ministerio, pero desde aquel tiempo jamás he dejado de reconocer el trabajo de los albañiles, los carpinteros, los electricistas y otros obreros cuyas habilidades hacen posible que existan las casas.

La casa en la que ahora vivimos fue construida en 1977. De vez en cuando las casas necesitan trabajos de mantenimiento y hasta alguna rehabilitación. A medida que pasan los años procuro mantener mi casa en buen estado de conservación. Doy gracias por los años que pasé en la construcción.

Mi hija y su esposo viven cerca y, como puede imaginar, a menudo vienen a visitarnos. No hace mucho, mientras discutíamos sobre qué hacer para reformar el salón, mi yerno, apuntando hacia una dirección, dijo:

–Papá, creo que tendrías que derribar ese tabique. Así el salón será más amplio.

–Hijo –dije–, no puedo hacerlo. Esa es una de las paredes sobre las que se sustenta toda la casa. Es una pared maestra.

Jesús dijo que quien oye sus palabras, y no las obedece, “semejante es al hombre que edificó su casa sobre tierra, sin fundamento; contra la cual el río dio con ímpetu, y luego cayó y fue grande la ruina de aquella casa” (Luc. 6:49). Todas las casas tienen una pared maestra. En nuestra vida, Jesús es esa pared. “Ciertamente llevó él nuestras enfermedades y sufrió nuestros dolores, ¡pero nosotros lo tuvimos por azotado, como herido y afligido por Dios!” (Isa. 53:4). Jesús lleva la carga por nosotros y nos mantiene de pie en los rápidos del río de la vida. Por más que las olas nos azoten, no caeremos.

El cristiano y la ropa

Basado en Lucas 8:27 al 35

“Vuestro atavío no sea el externo [...], sino el interno, el del corazón, en el incorruptible adorno de un espíritu afable y apacible, que es de grande estima delante de Dios”
(1 Pedro 3:3, 4).

ES INTERESANTE OBSERVAR que la primera consecuencia del pecado fuera que Adán y Eva se sintieran desnudos (Gén. 3:4) y que el primer acto de redención de Dios consistiera en la confección de unas sencillas vestiduras. En cierta ocasión, Jesús y sus discípulos cruzaron el Mar de Galilea para dirigirse al país de los gadarenos. Cuando pusieron pie en tierra, un hombre que estaba poseído y andaba desnudo, corrió hacia ellos. Jesús sanó de inmediato al hombre y, cuando la gente vino a ver lo que había sucedido, lo encontraron sentado a los pies de Jesús, vestido y en su sano juicio (Luc. 8:27-35).

Como bien puede ver, esta historia y la de Adán y Eva tienen que ver con la desnudez. En ambos casos, cuando se presentaron ante Dios, volvieron a estar vestidos.

Parece que últimamente ha aumentado la tendencia a la indecencia y la falta de modestia, tanto en la ropa femenina como en la masculina. Incluso se hace evidente en la ropa infantil. Lo que en un niño pequeño se podría considerar “gracioso”, en un adolescente resulta falta de modestia. Los seguidores de Cristo tendrían que escoger el vestuario como si estuvieran ante Dios, cosa que, no olvidemos, es así.

Nuestra indumentaria nos identifica. Las fuerzas armadas de cualquier país tienen uniformes, así como las industrias y los negocios. Con ellos identificamos a las personas con el trabajo que desempeñan. Nuestra forma de vestir puede indicar nuestra ocupación; por eso el cristiano no debe vestirse imitando a quienes se les atribuye una baja condición moral. Aunque las estrellas de cine o los grupos de rock tengan el derecho a vestirse como les parezca, los que hemos aceptado el compromiso de Cristo no nos debemos identificar con ellos permitiendo que nos indiquen nuestra forma de vestir.

En resumen, los cristianos no adornamos un cuerpo que, tarde o temprano, envejecerá, sino que oramos para que nos adorne un carácter hermoso que jamás perecerá.

¿Ha hablado de su fe?

Basado en Lucas 8:27 al 39

“Vuélvete a tu casa y cuenta cuán grandes cosas ha hecho Dios contigo” (Lucas 8:39).

¿CUÁNTAS VECES hemos oído decir que debemos hablar de nuestra fe? Pero ¿qué significa hablar de nuestra fe? Por favor, no malinterprete lo que le diré. No digo que no debemos dar estudios bíblicos o dirigir reuniones de evangelización, más bien añado una dimensión que tal vez usted no había considerado antes.

Cuando pensamos en hablar de nuestra fe, es probable que pensemos en dar una serie de estudios bíblicos. Nos imaginamos que tenemos que ser expertos en la doctrina de la Biblia y haber memorizado docenas de textos. No todo el mundo se siente cómodo con ese método.

Jesús y sus discípulos tuvieron una experiencia que pone de manifiesto que hablar de nuestra fe incluye algo más que dar estudios bíblicos o la celebración de reuniones de evangelización. Cierto día, un hombre poseído por los demonios salió corriendo de entre las tumbas para atacar a Jesús y sus discípulos. Por favor, dedique unos minutos a leer la historia completa. Se encuentra en Lucas 8:27 al 39. Me gustaría que centrara su atención en el versículo 39. Después de ser curado, el hombre quería ir con Jesús y dar testimonio en su favor; en otras palabras, quería hablar de su fe. Entonces Jesús le indicó cómo. Le dijo: “Vuélvete a tu casa y cuenta cuán grandes cosas ha hecho Dios contigo”. Jesús no dijo: “Vete a tu casa y cuéntales que los cerdos se arrojaron al lago o que sus dueños estaban asustados”. Al contrario, le dijo al hombre que fuera a su gente y que les explicara lo que Dios había hecho por él.

Lo ve, ¿verdad? Hablar de nuestra fe incluye algo más que la celebración de reuniones de evangelización o dar estudios bíblicos. Incluye decir a otros lo que Jesús ha hecho por nosotros. Es importante conocer la verdad y hablar de ella a los demás, pero es igualmente necesario que digamos no solo lo que Jesús ha hecho, sino lo que está haciendo ahora en nuestras vidas.

Si alguien le preguntara hoy lo que Jesús ha hecho por usted, ¿qué le diría? Piense en ello y, siempre que pueda, hable de su fe. Diga a otros qué hace Jesús por usted.

Para la gloria de Dios

Basado en Lucas 9:1 y 2

“Si, pues, coméis o bebéis o hacéis otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios” (1 Corintios 10:31).

DESDE SUS INICIOS, una de las primeras características de nuestra iglesia ha sido la vida saludable. El estudio de las Escrituras no deja lugar a dudas al expresar que los cristianos deben vivir de manera saludable. La Palabra de Dios es absolutamente clara en cuanto a que no somos dueños de nuestro cuerpo y, si insistimos en maltratarlo, no vamos a salvarnos (1 Cor. 6:10, 19). Aunque el versículo diez se refiere a la sentencia definitiva, no cabe duda de que aquellos que violan constantemente su salud, tarde o temprano se destruyen, por no hablar de que, por el camino, causan dolor y sufrimiento a los miembros de sus familias.

He llegado a la conclusión de que, después de Dios, mi esposa es la dueña de mi cuerpo. Cuando digo esto, no me refiero a la intimidad, sino al hecho de que, en caso de que un día sufra un percance, ¿quién se imagina que me levantará del suelo? ¿Adivina quién verá su vida arruinada por mi descuidado estilo de vida? Cuando el día de nuestra boda estamos ante el pastor oficiante prometemos amarnos, respetarnos y cuidarnos mutuamente hasta que la muerte nos separe. Me parece que en ello va implícita la promesa de que viviremos de manera tan saludable como sea posible para que nuestro cónyuge no tenga que sufrir innecesariamente a causa de nuestras indiscreciones en nuestra manera de vivir.

Desde su fundación, la Iglesia Adventista del Séptimo Día incorporó ciertos principios de salud a su lista de normas. A menudo, los no adventistas son más sensibles a la importancia de vivir de manera saludable que muchos que dicen haber abrazado el adventismo. Reconozco que en el cielo habrá gente que jamás ha practicado el vegetarianismo; pero, en un momento en que la sociedad en general se convence más y más de los beneficios de seguir ciertos principios de salud, resulta difícil entender por qué hay tantos que parecen ir en la dirección opuesta.

Entre usted y yo, no nos salvamos por causa del mensaje de salud. Pero el llamado a vivir una vida cristiana es también un llamado a llevar una vida saludable. “Amado, yo deseo que tú seas prosperado en todas las cosas y que tengas salud, así como prospera tu alma” (3 Juan 2).

Los pobres que están con vosotros

Basado en Lucas 9:58

“Hermanos míos amados, oíd: ¿No ha elegido Dios a los pobres de este mundo, para que sean ricos en fe y herederos del reino que ha prometido a los que lo aman?” (Santiago 2:5).

ME ENCONTRABA en Manila, asistiendo a algunas reuniones. Ya habían terminado y había ido al mercado para comprar algunos recuerdos. Tras parar un taxi, le dije al conductor que quería volver al hotel. De camino, me fijé en la camisa que llevaba el taxista. Estaba limpia y bien planchada; aún recuerdo su color: era gris. Pero era la camisa más remendada que jamás había visto. Al parecer, con los años, las costuras se habían roto. Pero alguien, obviamente a mano, las había recosido usando hilo blanco.

Durante el trayecto hablé con el conductor. Era muy amable y agradable. Sin embargo, me era imposible apartar los ojos de la camisa. Me pareció que era de mi talla. Cuando llegamos al hotel, me quité la camisa y se la di al conductor.

–Espero que no le importe –le dije.

Él respondió:

–Nunca lo olvidaré.

Yo tampoco lo olvidaré. Me hace pensar en aquel sabio griego que se quejaba por tener que comer raíces hasta que vio a otro que lo seguía recogiendo las que él dejaba.

Jesús era pobre. A algunos de sus discípulos les dijo: “Las zorras tienen guaridas, y las aves del cielo, nidos; pero el Hijo del hombre no tiene donde recostar su cabeza” (Mat. 8:20). Cuando lo crucificaron todas sus posesiones eran la ropa que llevaba puesta.

La mayoría de la población mundial es pobre. La experiencia demuestra que cuanto más tiene una persona, más tiende a olvidar al Señor. El sabio lo dijo bien: “No me des pobreza ni riquezas, sino susténtame con el pan necesario, no sea que, una vez saciado, te niegue y diga: ‘¿Quién es Jehová?’”, o que, siendo pobre, robe y blasfeme contra el nombre de mi Dios” (Prov. 30:8, 9).

Me gustaría poder ver la cara de aquel taxista entrando por las perlinas puertas de la nueva Jerusalén. Yo quiero estar allí cuando vea las calles de oro y la gran mesa del banquete con todo tipo de buena comida. Vale la pena esperar.